

## Entrevista

### *El diario de un aprendiz*

Entrevista realizada a **Fernando Bárcena Orbe**, profesor de Filosofía de la Educación del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad Complutense de Madrid (España), por Maximiliano Valerio López, profesor de la Universidad Federal Fluminense (Brasil). Rio de Janeiro, setiembre de 2009.

**Para iniciar esta entrevista, me gustaría tomar prestada una idea de la que Giorgio Agamben se sirve al escribir el prólogo, para la edición francesa, de su ensayo *Infancia e historia*. Toda obra escrita, dice entonces, puede ser considerada como un prólogo, o como la cera perdida<sup>i</sup>, de otra, que permanece necesariamente sin escribirse. Me gustaría recrear esa idea y preguntarte, cuál es, en tu caso, ese otro libro, si lo hubiera, que todavía no has escrito y al cual apuntan, sin embargo, aquellos que has publicado.**

Puedo decir, más o menos, cómo se llamaría, o hacia donde me dirigiría si tuviera que escribir ese otro libro. Es algo que sólo está escrito en lo que he publicado como una *huella*, como algo muy impreciso, y en ese sentido es un *resto*. Es un resto que queda entre mis cuadernos, que queda entre los libros que he escrito, que queda entre los artículos que he publicado, pero que no está, *de hecho*, en ninguna cosa ya publicada aunque, tal vez, muy tímidamente, se ha podido colar en algún escrito mío, como quien asoma la cabeza por la rendija de una puerta o una ventana para mirar lo que hay del *otro lado* y aún no se atreve del todo a descubrirse, o no puede hacerlo. Yo creo que ese libro es un diario.

Pero eso fue un descubrimiento. Fue casi una revelación. Se me reveló en algún momento. Se me reveló, por ejemplo, en mi libro *El delirio de las palabras*, porque ese ensayo había comenzado a ser antes de haber nacido como tal. Existía ya, de algún modo, en un cuaderno que yo tenía y en el que había escrito unas anotaciones que son las que aparecen al final del libro. De forma tal que, lo que aparece al final de ese libro, que es una especie de relato-diario de diversas impresiones, lecturas, citas, momentos o instantes que yo había ido anotando en ese cuaderno, fue el comienzo de ese ensayo que es una meditación sobre una *poética del comienzo*. Así que el nombre de ese libro es un resto y se llama *Diario de un aprendiz*.

Pero ese diario no es, en realidad, algo que yo me propusiera escribir como tal de un modo muy intencional o deliberado, como si me dispusiera diariamente a componerlo como tal, aunque yo sentía una especie de necesidad de escribir, escribía de modo incesante y un poco desordenadamente, en cualquier circunstancia... Al principio se debía a que había pensado antes algunas cosas, todas más o menos en relación con un dolor antiguo y, al mismo tiempo, una necesidad de nacimiento, pero también como si en mí ejerciera toda su poder cierta presión, cierta obligación de pensar determinados asuntos. Tal vez la academia, la universidad, mi propio entorno institucional, todo eso, y la situación en que entonces me encontraba, me *forzaban* a hacerlo, a experimentar ese tipo de escritura, una escritura como una experiencia que yo intuía estaba debajo de esa otra escritura más institucional cuyo destino no es más que quedar encerrada en un publicación. En ese “estar obligado a pensar determinadas cosas” se concentraba una *búsqueda* de algo, aunque no sabía muy bien si iba hacia adelante o hacia atrás, una búsqueda que no sabía yo muy bien lo que procura, una “búsqueda”, por tanto, que era como una especie de *recherche*, en el sentido que aprendí a leer esta expresión gracias a la lectura que Deleuze hace de Marcel Proust. De modo que ese libro no escrito, que es un resto y se llama *El diario de un aprendiz*, en realidad es algo que está esparcido en mis cuadernos de notas, y seguramente nunca será un libro propiamente dicho, porque tiene que permanecer siendo escritura y, por tanto, no veo cómo podrá ser un día una cosa publicada. Porque cada vez que lo he intentado he fracasado. Tuve que formular ese fracaso en un texto que se llama “La escritura derrotada” para, de alguna manera, convencerme a mí mismo de que eso no lo voy a publicar, aunque sí lo tengo que escribir, porque me tiene que

nacer de ese modo, como pura escritura o como pura necesidad de escribir. Esto me recuerda una entrada, correspondiente al año 1930, de uno los diarios de Ludwig Wittgenstein donde escribió lo siguiente: «*A menudo se cree [...] que todo lo que se piensa puede escribirse. En realidad sólo puede escribirse -es decir, sin hacer nada necio e impropio- lo que surge en nosotros en forma de escritura. Todo lo demás resulta cómico y como basura, por así decirlo. O sea, algo que habría que hacer desaparecer.*» Este fragmento me hizo pensar en la forma cómo en pedagogía suele escribirse tan a menudo, en el sentido de que lo que solemos escribir, y luego publicar, en realidad muchas veces no es escritura en el sentido en el que tal vez Wittgenstein quiere indicar. Más bien parece que es *solamente*, el resultado de lo que hemos ya pensado, de una cierta *disciplina* del pensamiento, pero no de un “ejercicio del pensar”, como Hannah Arendt llamó a ese modo de pensar que se inscribe en la brecha abierta entre el pasado y el futuro. Creo que surge como escritura lo que es una pura necesidad de mostrar lo que, en el fondo, no logramos *articular discursivamente*, no lo que surge ya construido y bien pensado, sino aquello que marca la experiencia de una cierta derrota...del pensamiento, que no puede abarcarlo todo. Lo que apenas queda *mostrado*, apenas sugerido.

Lo que quiero sugerir es que mi intento de escribir un libro que nace como fracaso o como derrota es, simultáneamente, una especie *darme cuenta*, y eso, hoy por hoy, es lo importante para mí. Me di cuenta de que había algo que no podría escribir y que lo que tiene la condición de un resto tiene esa peculiaridad. Algo que anhelo poder escribir, pero que no podré publicar, por decirlo de algún modo. Un escrito que no tendrá forma.

Y también señalo otra cosa. Todo eso que queda como resto, o sea, lo que no se deja describir nunca, y sin embargo nunca dejamos de escribir, anotar, referir, es una especie de *aliento*, algo así como el murmullo de una escritura que uno escucha y nos ayuda a afinar el oído; la búsqueda de una manera de decir, o de hacerme presente en mi escritura, no sólo la búsqueda de una manera correcta de pensar. En mi caso, creo que si era la búsqueda de un pensar (sobre la educación o sobre lo que fuese), venía muy en relación con cierta manera poética, porque lo poético, para mí, tiene que ver con un acto de nacimiento o de aparición (lo que *aparece* como escritura, como ensayo, como ejercicio).

Así que ese libro no publicado, en parte imposible y nunca escrito del todo, y que está esparcido como un resto entre mis cuadernos, tiene relación con la forma en que yo busco poder decir lo que me pasa. Pero no con una forma de pensar cuando uno está muy seguro -muy convencido, antes incluso de ponerse a ello- de lo que debe pensar y cómo hacerlo; y si es una *forma* de pensamiento, tal vez sea una forma que no está ni muy informada ni del todo formada, sino que se encuentra en pleno proceso de formación o de *transformación*. No sé si tiene un término, una

conclusión o acabará adoptando una forma cualquiera. Ahora sé, más o menos, cómo escribo, y desde luego es muy diferente a cómo escribía cuando comenzaba a hacerlo, porque entonces estaba más comprometido con una manera de pensar en relación con una capacidad lógica o argumentativa; más con el acto de dar con la significación lógica del mundo y de la realidad que con la búsqueda del sentido, aunque esta forma de expresarme reconozco que está hoy muy desgastada y banalizada, pero no encuentro otro modo de expresarme. Quiero decir: del deseo de habitar un espacio o un tiempo y de dar sentido al mundo haciéndome presente en él. Así que, en algún momento, deseé escribir de otro modo a como lo estaba haciendo, pero no porque tuviese una “voluntad de estilo”, sino porque quería *encontrar una voz*, mi propia voz, y esa voz siempre ha tenido relación con otras voces. Es como si yo no pudiera encontrar mi propia voz si no reconocía la existencia de otras voces que han impulsado este deseo, pero sin haberme tirado (iba a decir que me han orientado), que me han mostrado, o me han indicado, de una manera indirecta, algunas posibilidades que yo podía recorrer por mi mismo. Sin tener que verme a mí mismo imitando a nadie -y no se trata, creo, de arrogancia-, porque yo creo que un estilo es tan personal que no se puede imitar de ningún modelo. Los modelos no están para que los copiemos, sino para que, mediando en nosotros, nos inspiren en la búsqueda de nosotros mismos. El estilo de los demás, las palabras de los demás escritores, novelistas o pensadores, lo que me indicaban es una instrucción, como si me dijeran: “no me imites a mí, no seas como yo, sino como tú mismo”.

**¿Por qué un diario?... Según lo que decías, parece haber una relación íntima entre la forma de escritura y el tipo de pensamiento a que ésta da lugar. Los modos de escribir y los modos de pensar no parecen ser independientes. Como si cada cosa a ser pensada tuviese su modo de ser pensada. Entonces, por qué escribirlo en forma de diario y no en forma de ensayo, de relato ficcional o en forma lírica. ¿Por qué un diario?**

No sabría decirte. No me siento capaz de adentrarme de lleno en lo que llamas “relato ficcional”, y no es que no me atraiga; creo que no sería capaz de hacerlo. Prefiero leer a los buenos novelistas. De todos modos, supongo que la forma del diario se parece algo a esto. La idea del diario de un aprendiz me vino cuando fui invitado a escribir un texto, que fue una invitación de

un amigo. Me dijo, hace unos años, “*quiero que escribas un texto. Te voy a pedir un texto, pero no como profesor, o como filósofo, o como pedagogo, o como filósofo de la educación, sino como un tipo que convive con una persona que tiene unas características muy especiales*”, se trataba de mi propio hijo. Entonces yo le respondí, “*bueno, no sé si voy a poder escribir esto para una revista que tiene un tema monográfico sobre el lenguaje de las emociones, porque no sé si voy a ser capaz de encontrar mi propia voz*”. Entonces tuve que habitar mucho tiempo mi propio silencio, hacer otras cosas y olvidarme, no ponerme a escribir sobre lo que me habían pedido. Como resultado de casi 12 meses de silencio, una tarde me siento -donde entonces vivía, en una situación algo precaria de mi vida, en un espacio muy pequeño, conviviendo con aquel sobre el cual yo tenía que hablar- y de repente apareció ese texto como una especie de espasmo o de vómito, un texto que luego tuve que armar más o menos, para que no fuese tan impudoroso como era; lo armé y lo vestí, sobre todo con referencias literarias. Ese texto se llamaba “Una diferencia inquietante: diario de un aprendiz”. Aunque llegué a esa fórmula al final de ese escrito. Después de escribir, desde dentro de ella misma, acerca de qué tipo de experiencia es la de vivir una relación que tiene que inventarse porque es tan diferente, una relación tan alterada, tan discontinua, tan cargada de historias de culpa y de reconciliación íntima, también de vergüenza y de melancolía. Porque tenía la sensación de que todo estaba construido *contra* la evidencia de esa relación. Caí en la cuenta sobre lo que ya sabía: que la sociedad, llamemos así a todo lo que nos rodea, habla mucho sobre estos seres, dispone de muchos conceptos para nombrar unos seres que, en el lenguaje social y políticamente conveniente, denomina con términos como discapacitados, y últimamente con la extraña expresión de “diversidad funcional”. Y, sin embargo, todo parece estar contra las buenas maneras que uno desea adoptar; o mejor: todo está dispuesto para “educarnos moralmente”, de modo que seamos capaces de relacionarnos con el otro en esa relación según modos que ya no inventamos poéticamente en la relación misma que nos altera. En definitiva: contra la forma en la que un padre, en este caso yo mismo, necesitaba habitar ese espacio y esa relación, que debía descubrir sin un saber que me orientase previamente. Lo que quiero decir es que la sociedad -sus instituciones, sus leyes sus políticas y su orden establecido, siempre instalados en una especie de buena conciencia igualitaria y democrática- cada vez que habla de todo esto me recuerda mi propia incompetencia, mi absoluta estupidez, o la moral establecida, o la religión, me recuerda mi culpa o, de alguna

manera, me la introducían según registros que era incapaz de leer correctamente. Yo era el verdadero discapacitado, yo el torpe aprendiz que no sabe qué tiene que aprender. Llegué al final del texto a darme cuenta, otra vez, de que aquello que había escrito en el texto era como una carta perdida en el tiempo para alguien que jamás la iba a leer. Porque es que no la iba a entender en absoluto. Entonces, percibí que esa manera de escribir adoptaba la forma de un diario: porque no quería (ni podía) ser una escritura científica, no quería instalarme, por así decirlo, en una supuesta arrogancia de la ciencia y del saber, como aquel que, como profesional, sabe cómo es eso de convivir con una persona con “discapacidad”. Tampoco quería tener la arrogancia de, por así decir, ofrecer el testimonio de una experiencia del todo singular, como diciendo: “yo, que vivo esta relación, os voy a decir cómo es convivir con una infancia discapacitada”. No quería hacer ninguna de las dos cosas. Desde el principio del texto percibí, entonces, que tenía que encontrar una voz, debía encontrar algo que nadie podría enseñarme nunca: mi voz. ¿Qué voz es la que tengo que encontrar? Supe más tarde que *la voz no es una cosa de la que uno parte, sino una experiencia de la palabra a la que se llega*. Así que me puse, sencillamente, a escribir. Y lo que me puse a escribir es un relato, el diario de mis paradojas, de mis propias contradicciones, que necesitaba resolver de un modo no literal ni lógico, sino más bien mediante cierto arte, mediante determinada disposición literaria. Sencillamente se trataba de un diario de (mis) preguntas. Y era un diario porque era día a día como yo me había formulado, consciente o inconscientemente, esas preguntas sin respuesta. Y me había enfrentado a ellas sin poderlas resolver en su mayoría. Entonces me di cuenta de que quien era el aprendiz era yo y no él, mi hijo. Aquél del que hablaba era, en realidad, el dueño de mis palabras, el que hacía que yo las tuviera y el que me ayudaba a encontrar mi propia voz para decirlas, el que me las mostraba y con ellas, también, un camino, una experiencia a hacer. Yo había leído a los filósofos y había leído a Hannah Arendt y su *filosofía de la natalidad* o había leído a Lévinas, la idea de la alteridad y la hospitalidad, o había leído a Derrida, o había leído a Deleuze, o había leído a los poetas a René Char, a Pizarnik, a Cernuda, a Pessoa, a Anne Michaels, o a Rainer Maria Rilke. Pero sólo los había leído un poco desde el exterior de mí mismo, y quizá de ellos también, y entonces, de repente, fue cuando me di cuenta que todas esas palabras de los poetas, de los escritores, de los filósofos o de los novelistas, todas esas palabras ya estaban siendo pronunciadas o ya las estaba viviendo yo, pero de una manera completamente caótica. Mi

incapacidad para recibir, mi ignorancia para saber dar, mi compulsión a traducir cada palabra del otro en mi propio lenguaje, como condición para poder entenderlo, todo eso me mostró que tenía que hundirme, sumergirme de verdad, en el desarreglo de mi hijo, o sea, experimentar singularmente la hospitalidad, la alteridad, la diferencia, sumergirme sin saber en lo que no entendía, como *pensando a ciegas* -dicho con una acertada fórmula de Derrida- para habitar las palabras que de hecho ya estaba pronunciando o habitaban mi espacio y mi tiempo. Y eso, insisto, sólo lo podía hacer mediante un tipo de escritura que fuese un diario, porque para mí escribir se había convertido ya en una manera de curarme. Esto seguramente es un clásico, no digo nada nuevo, pero era lo que yo sentía: una manera de curarme. Entonces yo ya llevaba un diario. Le llamé *diario de un aprendiz*, un *diario mudo* que he seguido escribiendo y que he llegado a nombrar de distintas maneras. Escribí todo un diario, que muy pretenciosamente denominé “teoría de los afectos”, donde yo intentaba acercarme a mis propios afectos y desafectos y trataba de pensar sobre ellos... ¿Por qué me pasan estas cosas? Y lo que contaba eran cosas que me pasaban diariamente, intentando dar cuenta de mí mismo. Pero, no como alguien que, necesariamente, debía constituirse como un sujeto con un perfil que necesariamente tuviese que ajustarse a una categoría moral muy precisa o a algún final del tiempo. Es como si en el diario me concediese a mí mismo la posibilidad de aprender a tener buen gusto, aprender la honestidad, aprender la hospitalidad, aprender la sencillez, aprender una serie de cosas a base de permitirme todos mis errores: a base de tener mal gusto, de ser deshonesto, de ser infiel, para acabar aprendiendo, de alguna manera, que hay una lealtad por encima de todas las lealtades y una fidelidad por encima de todas las infidelidades y de las fidelidades anteriores y que uno necesita habitar poéticamente el tiempo para que el tiempo sea múltiple. Aprender a aceptar sin castigo que una persona puede vivir dos vidas simultáneamente, porque lo que te da, lo que te enseña y lo que te alimenta una vida, es lo que te alimenta *esa* vida y ninguna otra. Porque cada vida se debe singularizar en sus propios términos. Y eso sólo lo podía hacer a base de insistir una y otra vez en mi propia vida, retornar a las mismas experiencias y tratar de ponerlas por escrito bajo la forma de un diario. Esto tiene algo de obsesivo seguramente. Un psicoanalista aquí se pondría las botas conmigo, ¿no? El caso es que relacionarme así con la vida, como algo que debo escribir, me calma. Como si en la escritura encontrase los límites que calman y me sosiegan. Y me ocurre, cada vez más, que si no salgo a la calle con mi cuaderno, sin ese diario,

me siento mal, es casi como una droga, como el fumador que cuando no tiene un paquete de cigarrillos necesita comprarlo aunque no vaya a fumar. Es mi viático. Eso es: mi viático.

**Escuchándote hablar sobre el diario, recuerdo una frase de Octavio Paz, en la que se refiere a la novela como siendo la épica de nuestro tiempo y la caracteriza como una épica de héroes que reflexionan y dudan. Héroes que deambulan por un mundo ambiguo, donde no se distinguen con claridad los molinos y los gigantes. Al escucharte, percibo la escritura de tu diario como profundamente literaria. Como la búsqueda de un lugar en la escritura, en un mundo y en un tiempo dudoso. En estos días hemos conversado también sobre la diferencia entre literatura y poética, decíamos entonces que la literatura existe, digamos, desde el siglo XVII y que antes de eso había poética, pero no literatura. A diferencia de la literatura, la poética no parece estar tan ligada al espíritu crítico, a la duda. Hay quienes dicen que asistimos hoy a una especie de retorno de lo poético y sobre esto me gustaría preguntarte ahora. ¿Te parece que hay posibilidades de salir de esa condición de seres dudosos en la escritura? En otras palabras: ¿Es posible escribir más allá de la crítica, es decir, después de la crítica de la crítica?**

No sé... Es una pregunta difícil... ¿Qué hay después de la crítica? Yo creo que después de la crítica, hasta donde la crítica es también un ejercicio de cierto modo impostado, de deconstrucción de las cosas, de desmontajes, hay todavía restos indescifrables. Por ejemplo, desmontaje de maquinarias idealizadas, idealizantes o idealizadoras, que todas las disciplinas van construyendo y también las personas, porque en la relación con otras personas construimos máquinas idealizadoras que en algún momento uno tiene que ir desmontando pieza por pieza, y es en ese desmontaje dónde se genera un vacío, una inquietud, cierta ansiedad y bastante dolor. O, tal vez, lo que pasa es que la inquietud venga antes y entonces necesitamos desmontar la máquina que la propia crítica, como sistema, ya ha construido. Porque la crítica construye una máquina, no solamente destruye, o no solamente reconstruye, sino que construye algo, crea algo, aunque no quiera, aunque no lo pretenda, aunque no sea intencional, y casi siempre lo es. Hay como una especie de anhelo, yo creo, en los seres humanos, por lo menos en mí, un anhelo de retorno, de retorno a un punto original. Supongo que aquí hay un cierto romanticismo. Lo que



queda después de la crítica es *vacío*, un vacío que es la antesala de una nueva experiencia, y que atravesamos melancólicamente. O, tal vez, sea ese vacío la propia experiencia. Es un *entre* dos cosas: entre un pasado y un futuro, como antes decía. Y lo que hay ahí es la *presencia de un presente* que no sabemos muy bien cómo habitar ni cómo pensar. Un día me dio por recordar que mi propio apellido, Bárcena, significa un lugar entre el río y la montaña, y pensé que en él se concentra mi propia condición: el *entre*. Y fue leyendo a Hannah Arendt cuando me quedé fascinado y me quedé como esclavo de esa idea suya de que la libertad no es un atributo de la voluntad, sino de lo público entendido como un espacio de aparición, aquello que surge *inter omnes esse*, entre los hombres, el lugar donde situar el *inter-esse*, el “entre” donde brota la libertad como experiencia. Es decir, la libertad, no como una característica de la voluntad, no como un mero libre arbitrio, sino como un milagro de un puro comienzo, como un re-aprendizaje de la existencia. Creo que es en ese *entre* donde podríamos encontrarnos después de la crítica. Un entre que es..., antes había dicho que es una especie de vacío, tal vez sería mejor decir un *intervalo*, un pasaje, un tránsito, un pasar de un lugar a otro, una *transmisión*. Un traslado que se refleja muy bien en un poema de Alejandra Pizarnik: “*Instruidmos acerca de la vida, suavemente, imploraban los pequeños seres y tendían sus brazos por amor de la otra orilla*”. Bueno, pues esa otra orilla, ese otro lado, claro, implica ese traslado, y el *entre* del que hablo implica ese viaje, hacer esa experiencia. Yo creo que ese punto del entre conserva un instante poético, el comienzo mismo de eso que queremos llamar lo poético. Ese *incipit*.

Vladimir Yankélévich, en su ensayo *La muerte dice, Incipere non discitur*, no se aprende a comenzar; aprendemos a continuar, pero los comienzos no se aprenden: morir o nacer es un comienzo y eso no se aprende, de repente te ves muriendo o habiendo nacido. Y George Steiner decía “*se acabaron los comienzos*”. Si enlazamos ambas expresiones parece que estamos un poco desasistidos, porque es como si Steiner nos dijese, bueno, se acabaron los comienzos, los comienzos de verdad ya no son posibles, sólo podemos proseguir, y encima Yankélévich te dice que no, que sólo aprendemos a continuar, a seguir. Quizá lo poético sea eso. Aprender a comenzar en lo que sucede, lo que continúa abriendo espacios se sentido -nuevos-, que son incisiones, pliegues o fracturas en la densidad de lo real, a modo de hendiduras en el “absolutismo de la realidad”, diría Hans Blumenberg; en lo firme, en lo duro. Abrir esos espacios abiertos. Ahí, creo, reside lo poético después de la crítica, la cual tiende a ordenar el

mundo, porque la crítica ordena algo. Una crítica parte de una duda, pero aspira a una nueva certeza en otro orden diferente. Pero la poética no. La poética no aspira a una certeza, ni se instala en una duda metódica, me parece que no. La poética es una irrupción, un acontecimiento. Es la manera que tenemos de habitar el *entre*: entre el pasado y el futuro, entre dos tiempos, entre dos historias. Entre la nerviosa intensidad de dos instantes de amor. Ahí mismo; *ahí*. Y en ese “ahí” es donde tenemos la oportunidad de hacer experiencia como seres dudosos, frágiles, siempre al punto de fracasar y de poder recuperarnos gracias a un súbito instante poético de transformación.

**Ayer decías, en una de las conferencias, que aprender poéticamente tiene que ver con aprender a estar presente en lo que se dice, aprender a estar presente en la palabra. Las figuras que traías entonces para pensar esto eran la melancolía y la intimidad. Tengo la impresión, entonces, de que se trata de estar presente en un intocable. Se trata de estar presente en algo que en sí mismo es imposible. Según como entiendo lo que decís, se trata de estar presente ante el límite o en el límite, pero habitar el límite parece una tarea imposible. ¿Cómo estar entonces presente en lo imposible?**

Bueno, yo diría que el límite mismo es lo imposible, pero también podríamos decir que los límites también producen cierta calma. Sí, los límites calman. Si la crítica es un modo de pensar acerca de algo o sobre algo que deconstruye analíticamente para proponer un nuevo orden, eso también significa delimitar, proponer unos límites, una delimitación. Un cierto espacio de conocimiento, epistémico, discursivo, o como queramos denominarlo. Eso es una primera idea del límite. Luego está esta otra idea, la de estar en el límite de las cosas, al borde de las lágrimas decía René Char en uno de sus aforismos de *Hojas de Hipnos*. A veces es necesario vivir, escuchar o tener experiencias que uno entiende que están hechas para uno mismo, esas que te ponen al borde, al límite de algo. En ese sentido, hay otra clase de imposibilidad. Porque lo que le pasa a la imposibilidad es que no deja de tener relación con una cierta idea de la verdad, como búsqueda, no como posesión. No tiene que ver con la construcción, con la fabricación, sino que tiene que ver con el *nacimiento*, con una *experiencia de natalidad*. Jorge Larrosa tiene un hermoso texto sobre la infancia que recuerda el fragmento que da comienzo a *Filosofía y poesía*,

el libro de María Zambrano: “*Este libro, me sea permitido decirlo, nacido, más que construido*”, y después añade: “*ya que no se pasa de lo posible a lo real, sino de lo imposible a lo verdadero*”. Dentro del mundo de las posibilidades, la técnica puede muchas cosas, pero en el mundo de las imposibilidades sólo podemos hacer que nazcan las cosas. Y, al menos para mí, la poética tiene que ver con los comienzos, con los modos de estar presente en los inicios, como comienzos, y en los inicios, como finales o despedidas -aprender a comenzar y aprender a concluir. Habitar, pues, aquello que comienza, estar presente en ellos, pero también tiene que ver con estar presentes en ese límite que calma, en ese momento en el que también hay que aprender a morir a algo para nacer de nuevo, tal vez. En un sentido no banal de esa expresión, se trata quizá de aprender a morir (una forma de despedirse de algo). Yo creo que los límites marcan un territorio. Los límites definen o anuncian, de alguna manera, una imposibilidad a la que accedemos cuando nacemos de nuevo a algo y los límites calman también cuando uno ve que es necesario aprender a estar presentes en las despedidas. Estar presente en lo imposible, o sea, *dejarnos ser en lo imposible*: hacer, ser, pensar en ese territorio ambiguo -que es un presente- de lo imposible, cuando no nos sostiene una memoria clara del pasado ni una idea de esperanza o de confianza regulativa del futuro, de lo que cabe esperar. No poner obstáculos para que lo imposible sea y, por tanto, para que exista la posibilidad de un nacimiento. De esa manera, aprender a concluir, desde el punto de vista de una poética de la educación, más que negar o traicionar una infancia significa celebrarla, celebrar toda la potencia de vida contenida en lo que llamamos infancia, entendida como potencia de vida, según una fórmula muy afortunada que usa a menudo Jan Masschelein. En esa poética quizá lo único que podemos hacer, y ya es bastante, me parece, es aprender a nombrar de nuevo, con una voz distinta, las palabras ya gastadas con las que veníamos simplemente “diciendo”, pero no “mostrando”, lo que nos pasa, o lo que hacemos, en eso que llamamos el acontecimiento de la formación, de la educación. Estar presentes, caer en la cuenta, prestar atención, todo eso tiene que ver con un aprendizaje poético. Un modo de acceder a los secretos de la realidad y del mundo en el que nos iniciamos poco a poco, un poco con la mirada de Orfeo, sin esa voluntad de verdad a todo precio que criticaba Nietzsche. Si lo literario es lo que nos permita narrar, traducir en voz propia el extraño lenguaje del mundo, tal vez lo poético tenga relación con un cierto estado de infancia, la experiencia de

un comienzo que sabe que no anulará nunca los finales de partida, las despedidas y cierta celebración de los adioses.

**Te agradezco mucho tus palabras y ha sido como siempre un placer conversar contigo.**

---

<sup>i</sup> Antigua técnica utilizada para realizar esculturas en bronce. Moldeaba se en cera la pieza a ser fundida. Este original de cera, revestido en arcilla, ofrecía el molde donde era derramado el metal fundido, que tomaba el lugar de la cera derretida y asumía la forma deseada.